

¿CONOCE USTED EL ÚLTIMO ACONTECIMIENTO DE LA BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA?

Es el libro 9 que contiene el precioso, delicioso y finísimo asunto, basado en la célebre novela en verso del gran escritor y poeta Edmond Rostand, que le hizo inmortal:

Cyrano de Bergerac

Preciosa portada, 128 páginas, profusión de fotografías, fina literatura.

¡ÉXITO JAMÁS IGUALADO!

¡NADIE DEJARÁ DE ADQUIRIRLO!

Precio:

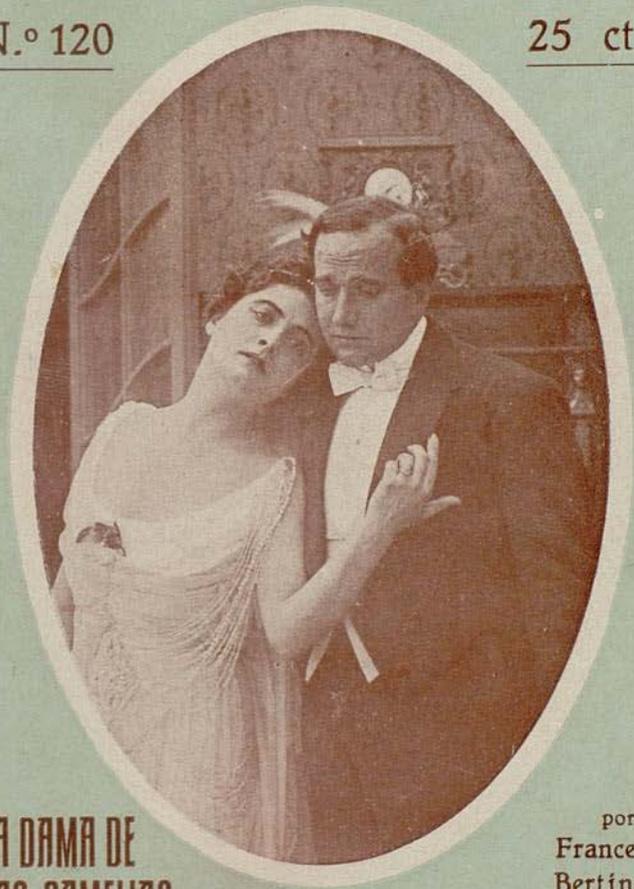
UNA PESETA.

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 120

25 cts.



LA DAMA DE
LAS CAMELIAS

por
Francesca
Bertini y
Gustavo Serena

Filmoteca
de Catalunya



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 120

(LA SIGNORA DELLE CAMELIE (1915))

La Dama de las Camelias

Adaptación cinematográfica de la célebre
novela de **Alejandro Dumas** (hijo).

Formidable creación de

FRANCESCA BERTINI

en el rôle de **MARGARITA GAUTHIER**

y de **GUSTAVO SERENA** *

en el de **ARMANDO DUVAL**

«**CÆSAR FILMS**»

Exclusiva de **Films Pifiot.**

Valencia, 228.—Barcelona.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
GEORGE HACKATHORNE



La Dama de las Camelias

Argumento de la película de dicho título

El primer encuentro

¿Recordáis...?

Aunque no fuera bello, para vosotros tuvo, aquel, todos los encantos de un día de radiante sol de primavera.

¡Oh, ver por vez primera el rostro ideal tantas veces soñado!

Vuestro corazón saltó de gozo en vuestro pecho.

¿No es verdad, hermosas doncellas?

¿No es así, enamorados galanes?

Y vosotros, los que conocisteis desaparecidas generaciones, os acordáis... ¿no es cierto?

Armando se quedó extasiado a su vista, no sabiendo qué admirar más: su semblante ideal-

mente bello, o la gracia infinita que irradiaba su adorable persona...

No la conocía más que en imaginación.

Preguntó. Supo su nombre: Margarita Gau-



Margarita Gauthier, «La Dama de las Camelias»...

thier, «La Dama de las Camelias», así conocida en todo París por la marcada predilección que demostraba por esas inodoras flores.

Desde entonces, jamás lograra apartar de su mente tan dulce visión...

La presentación

Armando asistía a una función de la Opera, con su amigo De Rieux.

Margarita estaba allí también, con sus admiradores.

De Rieux la conocía, y adivinando el deseo de Armando, hizo la presentación de ambos.

Los ojos de Margarita leyeron en los de Armando que ella había turbado su alma... y por un instante saboreó el goce de saberse así admirada...

El despertar de un amor

Margarita olvidó a Armando.

El, en cambio, ansiaba verla, y varias veces lo consiguiera yendo al Bosque de Bolonia, por donde ella solía pasear en carretela.

Pero un día, cuando su tristeza por la des-

aparición de su amada era más honda que nunca—pues pensaba que tal vez no la vería más—Armando supo por su amigo De Rieux que Margarita estaba enferma.

La vida anormal que su condición le obligaba a llevar, había perjudicado sensiblemente su organismo... y los crueles síntomas de la tisis se habían manifestado bruscamente.

Margarita sufría mucho y, a solas consigo, se lamentaba de su vivir... vislumbrando acaso el no muy lejano y fatal fin que le era reservado.

Armando no tuvo un momento de sosiego mientras Margarita estuvo enferma, y todos los días le hacía entregar un ramo de flores, sin dar su nombre.

Margarita agradecía en el alma aquel gentil y delicado homenaje de su callado adorador... sin sospechar que éste era el joven que le fuera presentado en ya lejana fecha, y que le inspirara cierta simpatía...

Uos días después, Margarita, convaliente, reanudó sus matutinales paseos por el Bosque de Bolonia.

Y, Armando, al fin dichoso de volver a verla, la contemplaba en secreto...

Su amor por la mujer que todo París conocía, alcanzó los límites de delirante pasión, y era fuerza que Armando se decidiera a matar su absorbente ilusión o arrojarle en los brazos de Margarita implorándole que escuchara sus anhelos.

Matar la ilusión... sería para él como quitarse la vida.

Lo otro... era el paraíso.

Dispuesto a todo por Margarita, Armando, gracias a su amigo Gastón, cultivó la amistad de Prudencia Duvernoy, modista y al propio tiempo vecina de «La Dama de las Camelias».

Una noche, mientras en la casa de Prudencia se improvisaba una agradable velada, con Armando y Carlos, Margarita sufría, casi exas-



...mientras en la casa de Prudencia se improvisaba una agradable velada...

perada, el infructuoso asedio de Varville, el más constante y tenaz de sus admiradores.

Súbitamente, el silencio de la dormida naturaleza trajo a Margarita el eco alegre de la fiesta que se celebraba en casa de Prudencia, y deseosa de divertirse, si que también con objeto de desprenderse de Varville, invitó a su

modista y a sus convidados a ir a terminar el festejo en su compañía.

Armando estaba loco de alegría.

Margarita no le reconoció, pero Gastón, oportuno, ayudó su memoria:

—Es mi amigo Armando Duval, que os fué presentado hace ya algún tiempo, en la Opera.

—¡Ah! Pues sí... Perdonad mi olvido, Armando.

—¡Oh, señora, si un perdón es necesario, es el vuestro para mi amigo, por su osadía en haceros observar que ya me habíais visto otra vez!

Margarita sintióse acariciada suavemente por las miradas de Armando, y su presencia le era agradable como si se tratase de un amigo leal. A ese agrado se añadió la gratitud por el obsequio cotidiano que él le hiciera mientras ella estuvo en cama, y de cuyo origen se enterara aquella misma noche.

Un tanto apartados de los demás, Margarita y Armando así hablaron:

—¿Por qué estábais tan aturcido aquella noche, Armando?

—Eso, Margarita, es obligarme a confesaros mi amor, un amor que ocupa hoy mi existencia toda, y que nació al veros...

—¡Bah! Amor... ¡Se usa tanto esta palabra, que es de temer que no se sepa su justo valor!

Armando fué discreto en sus contenidos y vehementes deseos de demostrar a Margarita cuánto era su cariño.

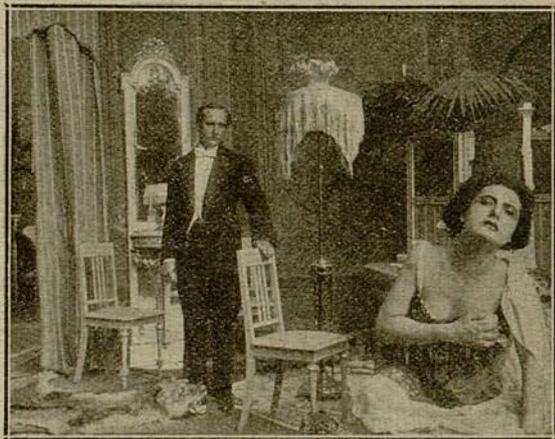
Un poco después, brindándole triste ocasión los accesos de tos que durante la cena se produjeron en ella, obligándole a abandonar

la mesa para retirarse por unos instantes a sus habitaciones, Armando siguió a Margarita y, lleno de dolor por ella, le murmuró:

—¿Os sentís mejor, señora?

Margarita alzó sus húmedos ojos hasta los de Armando, le sonrió levemente, y le dijo:

—Armando, estáis muy pálido... ¿Es acaso



...Armando siguió a Margarita, y lleno de dolor...

mi mal lo que os conmueve tanto? No seáis tan sensible... Ved si los demás se han preocupado de mí... ¡Es porque saben que mi mal no tiene remedio!...

—Margarita, vos misma os estáis matando... Quisiera ser vuestro hermano, vuestro parien-

te, para tener un derecho a velar por vuestra salud. ¡Os amo tanto! ¡Os necesito tanto!

—No, Armando... no me habléis de este modo... o me burlaré de vuestra candidez...

—¡No os riáis de mi amor, Margarita! Ningún otro hombre os ha amado como yo os amo, y eso, si no vuestro cariño, merece por lo menos vuestra compasión.

Margarita no pudo sustraerse al influjo de la pasión en que estaban embebidas las palabras de Armando, y una desconocida turbación se apoderó de su alma, obligándola a ceder, poco a poco, a la creencia de que para ella aun existía el verdadero amor...

—¿No me contestáis, Margarita? ¿No supieron mis labios repetir los ecos de mis ansias?

—Sí, Armando... Mas, por esta noche, esta es mi respuesta: tomad esta camelia, y volved cuando esté marchita.

—¡Oh, Margarita! ¡Mi Margarita!

—¡No!... Sed prudente... Someteos a la prueba... ¿Volveréis?...

—¡Y me lo preguntáis... muriéndome como estoy por vos!

La flor perdió pronto su lozanía, y el amor de Armando llamó al de Margarita.

Su llamada era esperada con alegría, y fué contestada con la más pura caricia de unos brazos níveos y olorosos, torneados para el beso...

Margarita sonreía, dichosa como nunca lo estuviera, y llenaba de suprema ventura al no-

ble enamorado, vertiendo por sus ojos en los suyos las mieles de su alma.

Armando dudaba aún de su triunfo, y estrechaba con frenesí contra su pecho a su rendida Margarita.

Desde aquel instante, dos corazones alborozados recitaban la bella poesía de amor que había de conmover al mundo, y que empezó al soplo de estos suspiros:

— ¡Armando! ¡Armando! No me engañes...

Celos

Al margen de todas sus miserias con cuyo recuerdo luchaba, Margarita renacía a otra vida.

Armando constituía la base indispensable de su nueva existencia.

Para olvidar mejor su pasado, Margarita formó el proyecto de pasar una temporada en el campo en compañía de Armando.

No queriendo que Armando sufragase más gastos que los que su renta le permitían, Margarita pensó en uno de sus desprendidos amigos, el conde de Giray, a quien le escribió la siguiente notita:

Os espero mañana por la noche, a las diez, en mi casa. Deseo pedirlos un favor.

Margarita.

— ¿Dónde me llevas, loco amor? ¡No lo sé; a ti me entrego y que el azar me conduzca a la felicidad o a la tortura! — pensaba Margarita, al tiempo que mandaba aquella nota al Conde.

Al día siguiente, por la noche, Margarita, precisándole quedarse sola, pretextó para alejar a Armando una indisposición, y esta fué la primera vez que el tormento de los celos atezaron el corazón del joven.

A las miradas de Armando, Margarita contestó:

— Confía en mis palabras... Te juro que son tuyos mi corazón y mi vida. Ahora... déjame sola; necesito descansar.

Armando obedeció... mas el destino quiso que él viera entrar en la casa de Margarita al conde de Giray.

Entonces comprendió la «jaqueca» de Margarita y fué presa de la más cruel decepción. En tal estado, corrió a contar su desventura a Prudencia.

La modista de Margarita, buena en el fondo, pero amiga de la realidad, trató de convencer a Armando a aceptar a Margarita tal como siempre había sido... pero Armando se rebeló a tal idea y le escribió a aquélla la siguiente carta:

Margarita:

No me conviene seguir desempeñando un papel ridículo al lado de una mujer a la cual adoro. He visto entrar en vuestra casa al conde de G... Yo no tengo el temperamento ni la edad de alguno de esos ricos que son vuestros amigos. Perdonadme, pues, el delito de no haber nacido millonario, y olvidemos que nos

conocimos creyendo un momento que nuestro amor sería posible. Cuando recibáis esta carta habré ya abandonado París.

Armando.

Prudencia llevó esa carta a Margarita, quien la recibió de manos de su doncella durante su entrevista con el Conde, del que ya había logrado un cheque de 20.000 francos para pasar —según le mintió— una temporada en la Riviera, sola, por prescripción facultativa.

Margarita se enteró de dicho escrito, y sufrió un doloroso desencanto.

Dirigiéndose al Conde, le dijo:

— Conde, habéis ganado 20.000 francos, pues no los necesito ya. Estaba enamorada de un hombre, y ese hombre, que me juraba daría la vida por mí, me abandona ahora... Leed su carta.

El aristócrata lo hizo, y mientras se sonreía con aire de compasión, Margarita, apenada aunque se resistiera a ello, manifestó a la doncella, que esperaba sus instrucciones:

— Decidle que no tiene contestación.

Después de dar esta respuesta, Margarita, sintiéndose falta de aire, y ávida también de aturdimiento, se ofreció a acompañar al Conde a la Opera, a lo que éste accedió orgulloso.

Pero, Armando, arrepentido de su carta, no tuvo valor para marcharse de París, abandonando a Margarita, y para hacerse perdonar de su amada, se valió de Prudencia.

Ya se disponía a partir Margarita, en el auto del Conde y con él, cuando la doncella le avisó en la calle que Prudencia deseaba hablarle.

Subió a su casa Margarita, y tras breves

palabras de su modista, la primera vió aparecer ante sí a Armando.

Ella le demostraba su enfado, negándose a mirarle en la cara.

Armando torturado por los remordimientos, le rogó:

— ¡Perdón, Margarita! El coraje y los celos cegaron mis ojos y quemaron mi mano al escribirte. ¡Perdón! Olvida esa carta...

Margarita, que ciertamente amaba a Armando, ordenó a su doncella:

— Decidle al Conde que puede marcharse, pues lo he pensado mejor y he decidido quedarme en casa.

Margarita y Armando quedaron solos. El la miró con ternura... ella venció su enojo... y la reconciliación devolvió a sus espíritus la calma que buscaban.

Primavera de amor... y nubes de otoño...

Margarita realizó al fin su proyecto, y lejos de París en un rincón delicioso de la Riviera, pasaba con Armando los instantes más venturosos de su vida.

Margarita recobraba poco a poco colores y lozanía, y fervorosamente bendecía aquel amor redentor, que al devolverle la salud del cuerpo

iba en camino de devolverle la salud del alma.

Pero....

Mientras ellos vivían, confiados, en la más completa felicidad, allá en Provenza, en la familia de Armando empezábanse a formar las primeras inquietantes nubecillas.

La hermana de Armando, Blanca, estaba próxima a casarse con un joven de distinguida familia, y los dos padres celebraron una entrevista secreta acerca de este importante acontecimiento en las dos familias.

El padre del prometido dijo al de Blanca:

—Hasta aquí han llegado rumores y cuchicheos de la vida anormal que lleva vuestro hijo en París. Es indispensable que le pongáis un freno, o de lo contrario me vería obligado a impedir la boda de mi hijo con vuestra hija Blanca.

El padre de la novia prometió a su amigo que pondría coto a la conducta de Armando, y meditó sobre la forma de hacerlo.

Cuando mayor era la dicha de Margarita con Armando, lejos de la vida, Prudencia vino alarmada a informar a su vecina que los acreedores amenazaban pagarse embargando su casa de París.

Renunciando a todo, menos a su felicidad, Margarita contestó a Prudencia:

—Vended mis joyas, mis pieles, el coche y los caballos. Vended, liquidadlo todo... Pero ni una palabra de esto a Armando. No quiero que sepa nada.

Prudencia, asombrada, protestó. ¡Qué insensatez arruinarse voluntariamente! —pensaba.— ¡Qué locura desdeñar, por una tontería que se

llamaba Armando, la opulencia en que ella podía vivir siempre!

Margarita se mantuvo firme en sus deseos, y Prudencia iba a acatarlos.

Armando encontró a la vecina, la cual se apresuró a reconvenirle:

—Sois unos niños. Al lado de esa poética vida que lleváis en el campo, hay la realidad que no entiende de poesías. Y los acreedores se agitan y amenazan, y Margarita para acallarlos tiene que vender, empeñar, desprenderse de todo...

Armando, disconforme en consentir en el sacrificio que quería imponerse Margarita, dijo a Prudencia que lo suspendiera todo, pues él se encargaba de arreglar las cuentas pendientes.

Prudencia no se fió de las palabras de Armando, pues él no era rico y los saldos atrasados ascendían a muchos miles de francos.

Inopinadamente, Armando recibió este telegrama de su padre:

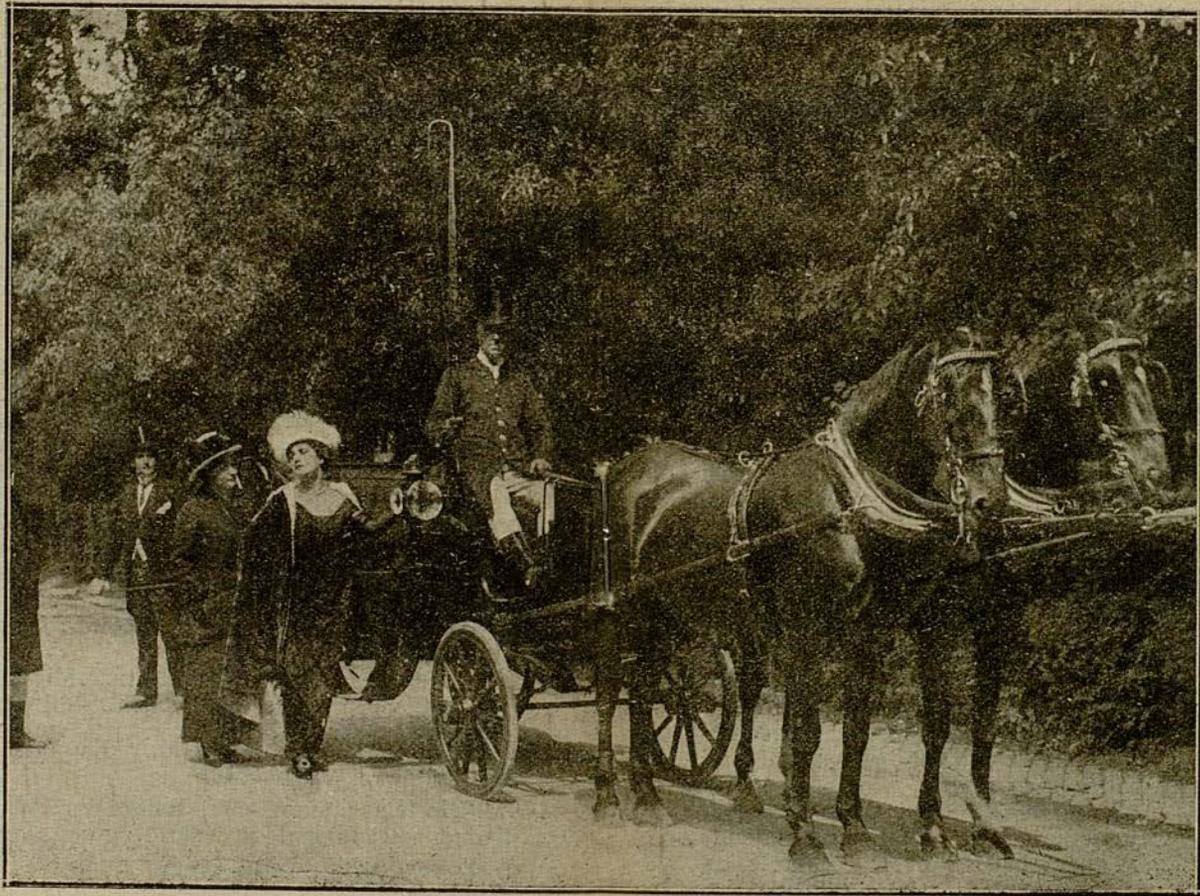
Necesito verte. Te espero jueves a las tres Gran Hotel.

—Debo marcharme, Margarita... Mi padre reclama mi presencia en París...—dijo a su amada.

—Regresa pronto, Armando... Mi tranquilidad solo cesará a tu vuelta.

—No temas, amor mío. Estaré en París el tiempo estrictamente necesario, y en seguida volverás a tenerme a tu lado.

.....



Armando la contemplaba en secreto.

Tan pronto llegado a París, Armando fué a visitar al notario de su familia, señor Marciac, y se hizo indicar los trámites necesarios para llevar a efecto una cesión de parte de sus bienes a nombre de Margarita Gauthier.

El notario complació a Armando, cuyo criterio era muy neto sobre ese punto, pero enteró en el acto a su padre de lo que le sucedía a su hijo.

Y algunas horas más tarde, el padre de Armando recibió esta carta.

Mi querido señor Duval:

Su hijo acaba de visitarme. Su pasión por esa elegante Margarita Gauthier, llega hasta el extremo de querer ahora cederle una parte importante de sus bienes. Yo nada he prometido hasta consultar el caso con Vd., a quien me creo en el deber de comunicar este peligroso devaneo de su hijo.

*Su affmo. s. s. y amigo,
Marciac.*

Esa carta era una prueba convincente de las locuras que Armando sería capaz de cometer por no verse obligado a separarse de Margarita, y con acendrado rigor se aprestó su padre a quitarle la venda que cegaba su razón.

El día y a la hora convenida, presentóse Armando en el Hotel

En el rostro de su padre, Armando descubrió la gravedad de la entrevista.

—Hace tres meses que no tenemos noticias tuyas. ¿A qué obedece esto?—objetó su padre.

Armando disculpóse como mejor supo, mas sus declaraciones fueron contrarrestadas por

su padre, que le reveló que estaba enterado de todo.

—Y por ella, por esa... mujer... has olvidado los deberes más santos, el amor de los tuyos, y dejado a merced de las murmuraciones un nombre honorable y respetado!

—¡Padre, no conocéis a Margarita!—protes-



Armando disculpóse como mejor supo ..

tó Armando.—¡Es noble como la más noble de las mujeres! ¡La quiero con toda mi alma, y antes me dejaría arrancar el corazón que renunciar a ella!

—¡Osas hablar así delante de tu padre! ¡Oh, vete de mi presencia! ¡Estás condenado!

La tormenta se avecinaba...

Invernal

Defraudado en su intento de inducir a Armando a volver al seno de la familia para purificarse sus costumbres, su padre decidióse a dar un paso definitivo cerca de Margarita.

«La Dama de las Camelias», tan temida por el señor Duval, se le presentó afable y dispuesta a escucharle, mientras Armando seguía en París.

Ceñudo y amenazador, el visitante expuso sus quejas.

—Mi hijo, señora, está comprometiendo su fortuna por vos. Es necesario que cesen estas relaciones, cuyo eco amenaza turbar la paz de una familia.

Margarita, para defenderse, puso a la vista del padre de Armando los recibos de venta y de empeño de joyas y objetos de su pertenencia. Con ello demostraba que no trataba de arruinar a Armando, obligándole a satisfacer sus caprichos, y que no era por interés que le quería.

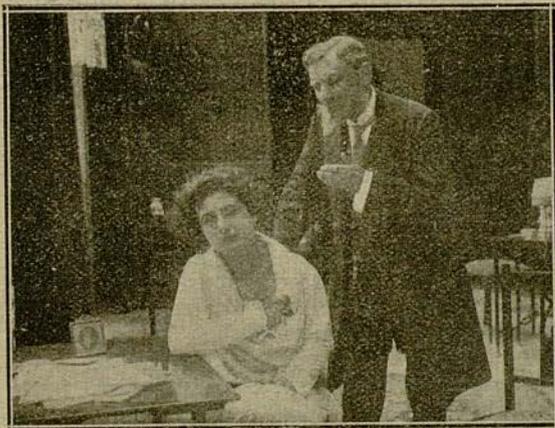
Ante tales razones, el señor Duval renunció a su duro mirar y a sus desdenes, optando por la súplica de un padre a una mujer de corazón. Por ese camino todos los humanos pueden entenderse.

En verdad, el padre de Armando reconoció

haberse equivocado al juzgar a la ligera a Margarita, la cual, por conservar el amor de su hijo, no vacilaba en desprenderse de todo lo que hasta entonces había constituido la finalidad de su vida.

Y dijo, descubriéndose y confuso:

—Señora, declaro que no sospechaba la no-



—. En nombre del amor que profesáis a Armando, os pido un sacrificio...

bleza de sentimientos que demuestran vuestras palabras y vuestros actos. Os he juzgado injustamente y os pido por ello perdón... En nombre del amor que profesáis a Armando, os pido un sacrificio... un grande y penoso sacrificio, del cual depende la felicidad de una familia... Armando tiene una hermana, pura como

un ángel. Ama y es amada, y también ha hecho de este amor el sueño de su vida. En vuestras manos está su felicidad o su eterna desventura... Elegid... Un padre, ansioso, aguarda vuestra respuesta.

Margarita vaciló entre lágrimas arrancadas del fondo de su alma por la súplica en nombre de una casta doncella que le dirigía aquel anciano, y a pesar de ser su amor por Armando tan grande, tan avasallador, la bondad de su alma se impuso a todo y le hizo prometer que protegería la dicha de Blanca, abandonando a Armando.

Después de aceptar, entre sollozos que conmovieron al respetable viejo, Margarita le rogó:

—¡Cuando el frío de la muerte pese sobre mi frente y Armando maldiga mi memoria, decidle que yo le amaba con locura y que por la felicidad de los suyos tuve que renunciar a él, la única ilusión de mi vida!

—Cumpliré vuestro deseo, Margarita.

—Está bien, caballero. Decidme ahora, para mi consuelo: ¿creéis que de veras amo a vuestro hijo?

—Sí.

—¿Con amor desinteresado?

—Sí.

—¿Creéis que yo había cifrado en ese amor la esperanza, el perdón, la ilusión de mi vida?

—Lo creo firmemente.

—Pues bien, señor: abrazadme, siquiera sea una sola vez, como abrazaríais a vuestra hija; dadme un beso, y yo os juro que ese abrazo y

ese beso me darán fuerzas contra mi propio amor.

Emocionado y llorando con mucha pena, el señor Duval besó en la frente a Margarita, y se marchó de su casa admirado de la mujer que, no obstante lo que fué, era lo que todos ignoraban.

Margarita se desesperaba a la idea de separarse para siempre de Armando, y la carta de despedida que le escribía era bañada en sus lágrimas, que surcaban quemantes sus mejillas.

Con grandes esfuerzos logró despedirse. En aquellos instantes de angustia atroz, Margarita creyó morir de amargura.

El papel decía:

Quando leas esta carta, Armando, ya no seré tuya; de consiguiente, todo ha terminado entre nosotros.

Vuelve al lado de tu padre, amigo mío; vete a ver de nuevo a tu hermana, para quien son misterio nuestras miserias, y a cuyo lado olvidarás pronto todo lo que te haya hecho sufrir esta pobre «Dama de las Camelias», esta infeliz a quien has querido amar un instante, y que te debe los únicos momentos venturosos de una vida que, así lo espera ella, no será ya muy larga.

Margarita.

Quando Armando volvió de París, el nido estaba vacío.

El contenido de la carta de su amada cayó como un enorme peso en su corazón, rompiéndolo con crueldad.

¿Podría él soportar tan rudo golpe?

Dolorosa

Margarita consagróse de nuevo a su antigua vida, y dió oídos a las renovadas pretensiones de Varville... pero su pensamiento pertenecía a Armando y ni obsequios ni festejos lograban apartar de su mente el rostro del único hombre amado.

Por su parte, Armando, transido de dolor y celos, trataba de aturdirse en el torbellino de una vida licenciosa. Mas nada podía borrar de su recuerdo el amor de Margarita, su cruel abandono...

Un deseo de venganza, que no era más que un deseo de volver a ser algo en la vida de Margarita, dominaba a Armando, y una noche, en una gran fiesta, en la que hubo baile, cena y juego, él vió a Margarita con su acompañante cargado de dinero, y sin poder contener sus celos, trató de provocar al que suponía usurpador de su amor.

—La fortuna me sonríe. ¡Bravo!... Quiero ser rico para reconquistar a mi dama, una dama que sólo conoce el valor del oro...

Varville quiso abalanzarse a Armando para replicar a su provocación, pero Margarita, adolorida, le retuvo con la amenaza de abandonarlo si la desobedecía.

Y, sumiso, Varville, no dándose por aludi-

do, se sentó a la mesa de juego y propuso unas partidas con Armando.

Los dos rivales jugaron, y Armando ganó una fuerte suma.

Aprovechando un instante de soledad con Prudencia—que asistía a aquella fiesta—, Margarita le imploró:

—Por favor, Prudencia, decidele a Armando que deseo hablarle un instante, sólo un instante.

Armando respondió al deseo de Margarita, después de haberle dado motivo de horribles celos cortejando a otra mujer.

—¿Qué me queréis?

—Por cuanto os sea más grato en el mundo, alejáos de este lugar y olvidad mi nombre, si os es posible. Estoy sufriendo demasiado... y no puedo más.

—¿Por qué me abandonaste, dí?

—Las circunstancias fueron más poderosas que mi voluntad. Obedecí a necesidades ineludibles...

—¿Por qué no me confiesas esas necesidades?

—Porque la confesión no podría restablecer nuestra intimidad de otros tiempos y te alejaría probablemente de personas de las que nunca debes apartarte.

—¿Qué personas son esas?

—No puedo decírtelo.

—Entonces, contestaré que faltas a la verdad.

—Déjame marchar, Armando.

—¡No te irás!

—¿Por qué?

—Porque a pesar de todo lo que me has hecho, continuó amándote.

—No es posible, Armando.

—¡Ah, ya! Varville te lo impide. Entonces...

—¡Por Dios, no te batas con él! Es inocente de los cargos que le haces. ¡Yo soy la única culpable!

—¿Por qué, pues, no vuelves a mí?

—Bien lo sabes, Armando. Mi vida entera daría por una hora de esa felicidad que me propones... Pero esto no es posible. Hay entre los dos un abismo infranqueable... ¡Olvidal!

—¿Esa es tu última palabra? Amas a Varville, ¿no? ¡Ah, miserable!

Los celos hicieron perder la razón a Armando, y le incitaron a apelar a una crueldad inaudita para vengarse de la infiel.

Llamó a los invitados reunidos en otra pieza, y en presencia de todos gritó:

—¿Véis esa mujer? Vendió cuanto poseía para vivir a mi lado, tanto era lo que me amaba!... Y yo, vil de mí, le acepté el sacrificio sin darle en cambio la menor recompensa. Mas he venido para reparar mi falta. Vosotros seís aquí testigos de que la he pagado... de que nada ya le debo!

Y acompañó sus palabras de un gesto de desprecio arrojando en pleno rostro de Margarita todo el dinero que ganara aquella noche.

Varville salió en defensa de su dama, y al día siguiente, en un claro del Bosque de Bolonia, los dos rivales solventaron el asunto en el terreno del honor.

Y, Armando, hirió a Varville...

Redención

Aquel mal terrible que la felicidad parecía haber ahuyentado para siempre, volvió con más fuerza a enseñorearse en el pecho de la pobre Margarita.

Armando, para olvidar, se había refugiado en un rincón de Italia.

Durante su alarmante recaída, Margarita escribió su diario para que Armando lo leyera algún día.

Todos sus apuntes eran fiel reflejo del inmenso amor que le profesaba a pesar de lo que él le había hecho sufrir, y del vehemente deseo de que, después de su muerte, fuese conocida la verdadera causa de su inconstancia para con él.

Una de sus notas empezaba llorando así:

Hace un tiempo horrible. Nieva y estoy sola en mi casa. Durante tres días me ha abrasado de tal suerte la fiebre, que no me ha sido posible escribir una palabra. Nada de nuevo, amigo mío. Cada día que pasa espero recibir carta tuya, carta que no llega y que seguramente no llegará nunca. Sólo los hombres tenéis fuerza bastante para no perdonar... ¡Si me vieses, te daría lástima!...

Hasta el padre de Armando llegó la noticia de la gravedad del estado de Margarita, y aca-

bando de recibir una carta de su hijo, por la que se enteraba de su retiro por algún tiempo en Italia para reponerse de sus pasadas emociones, pensó en la promesa que le hiciera a Margarita, y, profundamente conmovido del triste destino de la infortunada, mandó a Armando la siguiente misiva:



—¿Véis esa mujer? Vendió cuanto poseía para vivir a mi lado ..

..... ya que tu hermana se halla casada, es mi deber decirte toda la verdad. Margarita Gauthier es el alma más noble y generosa que yo he conocido. Muere por tu amor y pensando en ti.

*Corre a su lado, consuélala; rodéala en sus últimas horas de todo tu amor, de toda tu veneración.
Tu padre.*

Al recibir esta carta, Armando creyó enloquecer de pesar y alegría a un tiempo. ¡Margarita no le había engañado por el afán de vivir la existencia de ostentación en que la conociera! ¡Habíase sacrificado por otra mujer, buscando en ese sacrificio sublime, la redención de su alma!

Temblando de emoción, Armando se dispuso a reunirse con su único amor, hacia el que voló con ansias de hacerse perdonar.

Entretanto, la pobre inmolada se moría, lentamente, en una larga y dolorosa agonía.

El espejo era una obsesión de todos los instantes... En él veíase reflejada con toda la tristeza de su demacrado rostro.

Aquel día quiso levantarse. Nanina, su leal doncella, hacía las veces de madre.

Por la ventana entreabierta contemplaba Margarita el panorama espléndido de París, mientras una brisa ligera le traía el rumor sordo, continuo, como un hálito inmenso de vida, de la gran ciudad.

Como lo hiciera a su hijo Armando, el señor Duval le escribió a Margarita una carta sencilla y sincera, que ella recibió con entusiasmo pueril.

El anciano, con mano vacilante contagiada del pesar de su corazón, le decía:

Margarita.

El relato que me han hecho de vuestro martirio me ha conmovido hondamente. Tan pronto he sabido la dirección de Armando le

he escrito explicándole todo, la nobleza de vuestra conducta y el motivo que os impulsó a abandonarle.

No tardaréis en hallaros juntos y os pediré perdón para haceros feliz... el amor os sonreirá todavía.

Ernesto Duval.

Ya nada le importaba a Margarita: podían embargarle lo último que le quedaba de valor, arrojarla incluso a la calle, a cambio de volver a ver a Armando.

Desde que recibiera la consoladora carta, creyó renacer a la vida como si la alegría que experimentaba infundiera alientos nuevos en su pobre pecho, herido de muerte...

De pronto, la puerta se abrió con ímpetu y apareció en su umbral Armando.

Margarita lanzó un grito de incalificable asombro, un grito que resumía todas sus ilusiones.

Armando, exaltado por tanta dicha clamó con todas sus fuerzas.

—¡Mi Margarita!

Y los dos enamorados olvidaron sus inmensos sufrimientos en la fusión volcánica de sus cuerpos y sus almas.

El no reparó en la decrepitud de Margarita... El sólo veía su alma y no cesaba de acariciarla.

Ella murmuraba, llena de gozo:

—¡Armando! Creí que iba a morir sin verte... Soy feliz...

Entonces fué cuando Armando comprendió que Margarita estaba muy enferma, y, ensombrecida su mente, le rumoreó:

—He sido malo contigo... Vengo a pedirte perdón y a no separarme nunca de ti. Tu nobleza, Margarita, es la joya más preciada que ostenta tu corazón. ¡Perdóname!...

—¡Calla... calla! No pensemos en lo que ya no ha de volver. Ya estamos otra vez juntos... Pero yo no viviré ya mucho... Yo... ¿sabes?... te esperaba...

—¡Margarita!... ¿Qué es eso?...

—Abrazame... No quiero morirme... ¡No!... Armando... abrá...za...me...

—¡Márgara! ¡Márgara!... ¿Lloras? ¡Dios mío, piedad!

Se percibió un débil sollozar y después, la cabeza de Margarita cayó lentamente sobre los brazos de Armando... para no levantarla jamás.

—¡Margarita!—gritó Armando.

Mas ella ya no le oía...

Y junto al cuerpo exánime de la adorada mujer, lloró a partir el alma, el pobre muchacho que la amó tanto...

FIN

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO:

La magnífica novelita

El Murciélago

Interpretación del simpático artista

Douglas Mac-Lean

Asunto delicado, de descontado éxito

PROGRAMA AJURIA

Postal-fotografía-regalo:

ALMA BENNETT

Precio: 25 céntimos.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles

Precio 25 céntimos